

EL ARCA DEL REPASADO

PREMIO OTOÑO
“VILLA DE CHIVA”
XXIX EDICIÓN



**Ayuntamiento
de Chiva**

Concejalía de Cultura y Educación

Al maestro Guillón, allá en el cielo.

*A Marieta Sarrión, aquí en la tierra, desde el libro
escrito en su Día.*

Si un hombre cualquiera, incluso vulgar, supiera narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que jamás se haya escrito.

Giovanni Papini

Detrás de este triste espectáculo de palabras tiembla indeciblemente la esperanza de que me leas, de que no haya muerto del todo en tu memoria...

Julio Cortázar, *Papeles inesperados*

ÍNDICE

Prólogo con epílogo, casi epitafio	13
El arca	19
Tiempo	25
Libros	31
Ciudad	41
Romances o no	53
Viajes	67
Despertares	79
Sobre el autor	95

PRÓLOGO CON EPÍLOGO, CASI EPITAFIO



Te tuve alguna vez. Hoy, en la linde de los años cansados, te diviso lejana como el álgebra y la luna.

Jorge Luis Borges. *El oro de los tigres*

Luz. Luz invertida, volcada hacia el reverso; un fondo de oscuridad delicuescente que lo absorbe hacia fuera del mundo. Es la bruma diluyente del final, que llega para rodear su ser y atraerlo hacia sí. Sus últimos momentos son una congelación del presente, un pasado avivado, un canto trémulo y resonante del ayer. Resuenan también los ecos de un mundo que se pierde entre el crepitar de fuegos fatuos en la conciencia; el libro de su vida está a punto de cerrarse, ya para siempre. El gran apagón le sobrevendrá en un parque inmediato a su domicilio, ante la estatuaría callejera de algún ilustre local que seguirá brillando al sol. Todo está próximo a extinguirse para él: las calles cargadas de recuerdos, las historias escritas y por escribir, el mismo aire arremolinado que gira y se descabala, sublevado casi, por el vórtice voraz del sumidero abierto del otro lado. En medio del torbellino todo desaparece, todo menos esa fastidiosa certeza intuida en lo que aguarda: la inmensidad del tedio de cuando nada ocurrirá nunca más.

Luce el sol sobre su cabeza, pero no puede verlo, sus ojos se han vuelto tan ciegos como los de la estatua elevada a su espalda. Héctor Blázquez, escritor en la setentena y espíritu libérrimo, tan solo alcanza a entrever la ortografía angulosa del médico al emitir su diagnóstico. Un pronóstico funesto ya en trance de cumplirse con ciencia cierta. El Arca continente de su vida, el fetiche de su memoria revertida, se descompone por

momentos... con él encerrado adentro; y para no salir más. No por esperado deja de ser angustioso. Héctor Blázquez encara las turbulencias apretándose el pecho y boqueando quedo por el sofoco. Su rostro y su gesto se han congestionado, pero no crispado. Más bien parece todo él suspenso en alguna rama al borde de la felicidad más inexplorada, sobre una flor de precipicio que le abriese todos sus secretos al límite del abismo y del tiempo. Recuerda a ráfagas apuntes de su biografía, nonadas racheadas, extractos intrínsecos, todo palidecido e insignificante para cualquiera que no fuese él mismo. Su primer día de escuela, alguno de sus besos inexpertos, un episodio de la adolescencia que creía olvidado; un estreno de trabajo, unas vacaciones junto al mar, la arena cubierta por la marea, la historia no escrita junto a la mejor mujer que nunca tuvo; esto que remite a una tarde de lluvia con amigos, aquello que preocupó o inspiró antaño, lo de más allá tropezado en alguna fluctuación del pasado: todo ya sin remedio ni vuelta atrás...

El cierre de las últimas poternas de la memoria se hace amortiguado, casi etéreo. La neblina del olvido lo va desvaneciendo todo, todo en nada. Cae el pasado cual telón al cierre definitivo de aquel teatro de un único espectador. Y tras el telón, el secuestro de una niebla retrospectiva y espantable por la evidencia del final, una dimensión desconocida por todos los seres vivos del mundo que se entreabre para llevárselo. Atrás dejaría cuanto fue, por poco y discutible que fuese. En algún lugar cercano brillarían luces de todos los colores, seguirían sonando las notas de música y preparando el cóctel favorito de alguien. Para él lo que suena, en cambio, es la hora anunciada del nunca más en la nada. Tan solo le resta un atisbo de conciencia condenada a apagarse para siempre, una medida distorsionada del tiempo incógnito de la antesala, los coletazos postreros de la memoria

al filo del limen. Sobre ese mismo límite revive su pasado con vida propia, la procesión de vivencias que habían conformado con trazo corriente sus días. Se sucede así un repaso vertiginoso de las páginas y capítulos, de los subrayados y notas al margen, de las deudas y los premios, de los secretos no revelados, de las asechanzas del camino a cada trecho; aquel escape de gas que curtiría tan pronto su vida sin llegar a envenenarla ni a deflagrarla... Y se revelaba ahora, como un oráculo sin discusión, la insignificancia última de todo ello.

En un mundo en disipación ya nada puede importar nada. Desde los orígenes hasta hoy, toda la larga campaña diaria toca a su fin. Y esa percepción queda también suspendida al borde para Héctor Blázquez, como estancada *in extremis* con el último aliento contenido en la claudicación de sus pulmones. Comoquiera que sea, el naufragio de su consciencia no obsta para verlo, para saber que ese ahogo sobredimensionado no conoce remedio ni vuelta atrás.

Despaciado, sin moverse en rigor, su ser avanza hacia el marasmo de la desintegración por olvido. Eso será y será para siempre. Porque en el vacío, una eternidad impaciente ha dictaminado su conclusión. Su fin confundido entre átomos.

EL ARCA



*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo
de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos*

Jorge Luis Borges

*Podía ser arcano, pero no sinuoso. Al menos no con-
migo. Y a esa convicción le consagré cuanto fui.*

El Arca era su posesión más preciada, su argumento y su trama, el qué y el cómo de su existencia; el reducto más inviolable de su memoria. Héctor Blázquez abrió el Arca en un principio como un regalo y luego la atesoró. Un tesoro ya desde ese primer día, una vez desenvuelto el regalo de Arcano, realizado y feliz por haberle dado vida en aquella novela. Y eso también era un milagro, verificar cuán gratamente sorprendentes y agradecidos podían ser *ciertos* personajes con su creador. A primera vista el Arca no parecía gran cosa. Tenía una engañosa forma aplanada, con apariencia de libro de gran formato reversible y un doble cierre distinguido con los monogramas del alfa y del omega. Venía encuadernada sin instrucciones, pero él creía haber desentrañado parte de sus rudimentos con el tiempo, al menos lo suficiente para bandearse sin grandes mareos a bordo. El Arca era también un objeto bidimensional fuera de la simple vista, una suerte de cartapacio doble duplicado a su vez por el fondo. Una de sus caras —llamarlas anverso o reverso solo eran convenciones no aplicables al caso circular de esta historia— guardaba un impreciso mapa sin brújula, mientras que la otra cara alojaba la experiencia acumulada al vivir, de tal suerte que Héctor Blázquez podía llevar el Arca siempre consigo sin tener

que portarla. En el plano físico la guardaba a buen recaudo, bien camuflada entre los libros de su biblioteca, pero a la vez era el Arca lo que lo guardaba a él, el continente misterioso de sus circunstancias y de sus días; la contabilidad de su tiempo humanizada con emociones. Porque las emociones sobreviven con mucho a los hechos, las aguas narcóticas del Leteo y los siete mares del olvido lo saben bien. Y Héctor Blázquez lo supo también al surcarlas a bordo del Arca.

Lo que nunca le fue dado saber era de la dimensión oculta del regalo de Arcano. No sería hasta muy al final cuando advirtió que algo fallaba en el almacenamiento del Arca. Porque no sería hasta el ocaso, al abrirla con un esfuerzo duramente exigido a sus fuerzas derrengadas, cuando se percató de que los recuerdos más cercanos en el tiempo se habían reducido a polvo de olvido. El pasado reciente, el presente y el futuro ya no existían más que como disolución en curso: una vasta nebulosa engullida por las fauces de un agujero negro irreversible. Hacia atrás, sin embargo, eran muchas las vivencias que volvían al mapeado con un vívido realce. La reposición cobraba por momentos una fuerza y vigencia inusitadas. Héctor Blázquez asistía, embebecido y embebido por igual, a la proyección retrospectiva de su modesta película en el interior del Arca. Los últimos planos eran súbitas regresiones en picado. Secuencias aceleradas y a la vez insospechadamente nítidas, contempladas desde un protagonismo cenital y subjetivo; el sobrevuelo literal de su vida.

El viaje se preveía árido y accidentado. Héctor Blázquez se abrocharía el cinturón de seguridad, si hubiese tal en el Arca; pero ahora todo se desvanecía. Verse a sí mismo disociado le anulaba el sentido de la cenestesia y le anticipaba la nada. Desgraciadamente no había ajenidad, todo era suyo, volante y verdadero. Un desdoblamiento simultáneo y nunca antes visto

que trascendía los universos conocidos del libro y del cine. Un fin de función inminente, un compendio representativo de lo que fue su vida y su huella, su mínima asignación sobre la tierra. Su tiempo, a diferencia de la arena del libro de Borges, tenía principio y tenía fin. Héctor Blázquez era, en definitiva, *condenadamente* humano y su final estaba escrito también.